



“Dadles vosotros de comer” - El don eucarístico que transforma el corazón de los discípulos

En esta solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor, la liturgia nos introduce en el misterio del “don”, de la oblación: Jesús, que está a punto de entregarse en su pascua, asocia a sus discípulos a su entrega. La lógica de su amor no se detiene en la cruz, sino que se prolonga en su Cuerpo eclesial, que hoy somos nosotros.

El Evangelio nos muestra a Jesús rodeado de una multitud hambrienta de vida. A esas mismas gentes había enviado a los Doce, para anunciar el Reino y sanar a los enfermos. Pero ahora, cuando los apóstoles regresan cansados, Jesús los toma consigo para retirarse... y sin embargo, al ver a la multitud, no se aparta: los acoge, les habla del Reino y cura a los que lo necesitan.

Para Jesús, el descanso no es evasión. No hay contradicción entre el retiro y la compasión. Su tiempo se convierte en don, su reposo en entrega. El día declina -así se recoge en el evangelio proclamado- el lugar es desierto, pero cuando el otro es el centro, el tiempo y el espacio dejan de ser obstáculo, inconveniente para lo bueno.

Los discípulos, en cambio, se inquietan. El lugar es inhóspito, la hora tardía. Proponen despedir a la gente, enviarla a buscar comida y alojamiento. Pero en realidad, están tomando distancia del modo en que Jesús se relaciona con las gentes. No es desin-

terés, sino incapacidad de entrar en la lógica del cuenta conmigo. Y es entonces cuando Jesús los interpela con una llamada desconcertante: “Dadles vosotros de comer.”



No se trata solo de pan. Se trata de asumir el hambre del otro, de implicarse, de ofrecer lo poco que se tiene. Los discípulos miran lo que falta: “*No tenemos más que cinco panes y dos peces...*”. Pero Jesús mira lo que hay, y lo transforma. Lo poco, en sus manos, basta.

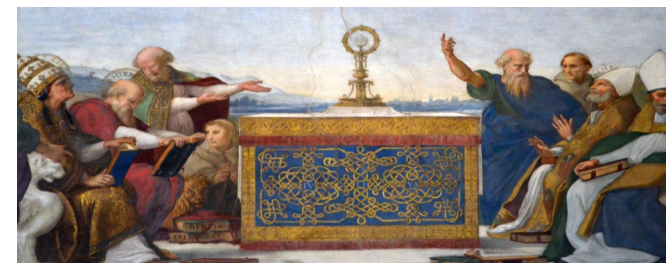
Jesús no actúa sin sus discípulos. Les pide que organicen a la multitud en grupos, que la miren como comunidad, no como masa. Luego toma el pan y el pescado, los bendice, los parte y los entrega. Son los mismos gestos de la Última Cena, los mismos que repetirá el Resucitado en Emaús, los mismos que la Iglesia celebra en cada Eucaristía.

El pan y el pescado, al pasar por las manos de Jesús, dejan de ser solo alimento: se convierten en don.

Y el don, cuando es compartido, siempre alcanza. Tanto, que sobran doce canastos: uno para cada apóstol, como signo de que **quien da, también recibe vida.**

Esta es la Eucaristía que celebramos: **vida**

multiplicada desde lo pequeño -desde lo que somos y ofrecemos- para que todos tengan pan, consuelo y horizontes de esperanza... para que todos tengan a Cristo y, desde las manos de la Iglesia, siga alimentando al mundo. Este misterio de amor que se hace entrega y, por tanto, fuente de vida y que acogido con gozo se transforma en adoración agradecida que nos lleva a decir:



S Señor Jesús,
presente en el silencio del altar,
te adoramos con el alma desnuda.

En este pedazo de pan
vive tu amor que se parte,
tu vida que se entrega.
No impones, no reclamas:
te ofreces y esperas.
Nos invitas a lo mismo:
ser pan, ser presencia, ser luz.
Que este momento contigo
sea más que reposo: que sea envío.
Y al marchar, llevemos
tu paz en la mirada,
tu ternura en las manos,
tu Evangelio en el corazón.
Amén.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 109, 1. 2. 3. 4

Oráculo del Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies.»

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:

somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, desde el seno,
antes de la aurora.»

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec.»

El salmo 109 (110), el más citado por el Nuevo Testamento, se convierte en sabroso fruto cuando se contempla bajo la luz de la Eucaristía.

Aunque originalmente fue un himno de entronización para un rey davídico, la tradición cristiana lo reconoce como una **profecía mesiánica**, plenamente realizada en Jesucristo: Rey glorioso, Sacerdote eterno y Pan vivo para el mundo.

Los Padres de la Iglesia —como san Agustín, san Jerónimo y san León Magno— vieron en este salmo una **profecía directa de Cristo**. En la liturgia, se canta en las Vísperas del domingo, recordando que **Cristo resucitado reina ya**, y que su sacerdocio se

actualiza en cada Eucaristía y, en este día, se utiliza como salmo responsorial que nos lleva a rumiar en clave orante, el misterio que este día celebramos.



Señor Jesús,
tú eres el Hijo amado,
entronizado a la derecha del Padre,
el Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec,
no por herencia, sino por elección divina.
Te adoramos en este altar,
donde tú mismo te ofreces por amor,
una y otra vez, en cada Eucaristía.
Tu cetro no oprime,
tu trono es la cruz,
tu poder es la verdad que transforma.
Hoy, como Iglesia,
nos postramos ante ti,
y te pedimos:
haznos parte de tu entrega,
pan partido en tus manos,
signo de consuelo y de Reino.
Tú eres Señor, tú eres Sacerdote.
Y nosotros, adorándote,
entramos en el misterio de tu amor.
Amén.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

DOMINGO DEL "CORPUS CHRISTI" "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Génesis 14, 18-20

Entonces Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, sacó pan y vino, y le bendijo diciendo: «Bendito sea Abrán por el Dios altísimo, creador de cielo y tierra; bendito sea el Dios altísimo, que te ha entregado tus enemigos». Y Abrán le dio el diezmo de todo.

Lucas 9, 11b-17

En aquel tiempo, Jesús hablaba a la gente del reino y sanaba a los que tenían necesidad de curación. El día comenzaba a declinar. Entonces, acercándose los Doce, le dijeron: «Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado». Él les contestó: «Dadles vosotros de comer». Ellos replicaron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces; Entonces, tomando él los cinco panes y los dos peces y alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los iba dando a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y recogieron lo que les había sobrado: doce cestos de trozos.